

CRISTIANAS VIEJAS Y LIMPIAS, de Enrique Lafourcade

"Cristianas viejas y limpias" es un libro sorprendente.

Cuando los y las novelistas chilenos se complacen en hablarnos de autócratas, de millonarios y de intelectuales, cuando las telenovelas nos trasladan a un mundo de ociosos y de nuevos ricos con millares de dólares en sus cuentas en Suiza y con empleadas uniformadas en sus casas, Lafourcade nos traslada a Vichuquén, de Curicó hacia la costa y elige como personajes principales de su novela una anciana mongólica y su hermana, bonita y dulce, que con gran sencillez y naturalidad ha renunciado a casarse para no dejar sola a su hermana enferma. Y nos hace vivir, pero desde la calle, el gran acontecimiento público de sus vidas: la venida del Papa a Chile.

Pero el tema y el ambiente no son lo único sorprendente. Es la finura, la delicadeza, la empatía con que el autor da vida a estas dos mujeres, que el mundo margina por ser viejas, provincianas, pobres y, una de ellas enferma, y en que el autor descubre la fe sencilla, ingenua pero profunda, la inocencia, la paz interior, el amor cotidiano y hasta una cierta humilde alegría que necesita de poco, tienen poco y se contenta de poco pero no se apaga nunca.

Los críticos literarios han observado que es muy difícil para un novelista crear un carácter esencialmente bueno. La Jenny de "El corazón de Midlothian" de Walter Scott sería una excepción. Dostoievski no lo habría logrado con la Lisa de Los hermanos Karamazov. Tal vez con el príncipe, de "El Idiota". Lafourcade lo ha logrado, como sin esfuerzo: la hermana mayor Emerenciana, es buena, de adentro y por fuera y no sabe que lo es. y Pasión del Carmen, la mongólica lo es también y su misma enfermedad que la libera de restricciones mentales, hace que esa bondad se transparente aun mejor.

El recuerdo de una infancia rodeada de cariño, de una mamá muy querida, de un padrastro inofensivo, de una tía avara y dura, de unas que otras insinuaciones amorosas en la atrayente juventud de Emerenciana, de uno que otro acontecimiento penoso, injusto, cruel incluso, fácilmente olvidado y perdonado. Y la diaria pobreza, la sopa de verduras y el mate en leche, el cuidado de sus flores, la sencilla vida pueblerina; la fe y la devoción; unas pocos vecinos: el sacerdote, el chino, las dos italianas, un patrón de fundo cercano, un poeta local; y los turistas que al pasar en auto por el

pueblo levantaban nubes de polvo; lo que forma la trama de un diario vivir: nada de eso altera su paz interior.

Ni siquiera el accidentado viaje a la capital, ni las peripecias de los actos públicos en que solo divisan, desde muy lejos, al Santo Padre pero se ven envueltas en incidentes de violencia política; ni el extravío de Pasión del Carmen que se pierde en la capital por largos días, logran alterar sus corazones sencillos, transparentes, llenos de confianza en Dios y en la vida.

A quien ha conocido un poco la vida de Vichuquén; a quien participó en la visita del Papa; a quien ha conocido, como sacerdote, a otras Emerencianas y a otras Pasión del Carmen, la novela da una convincente sensación de verdad. Pero de una verdad de la que se percibe el perfume, aun sin verla con los ojos; de una verdad que rara vez llega a la pantalla o al libro escrito pero que es mas densa, y mas real que el mundo de la publicidad, del consumismo y del espectáculo al que estamos tan habituados y que olvidamos que existe porque no lo vemos.

Las Emerencianas y las Pasiones del Carmen pasan desapercibidas de los hombres -aunque no de Enrique Lafourcade. Ellas no se ven, pero ven. En ellas se cumple la bienaventuranza: "bienaventurados los corazones puros, porque verán a Dios". el mundo no las ve pero ellas ven al que hizo el mundo, y ven al mundo con los ojos de El.

Finalmente, y esto también es evangélico, el autor ve en la pobre mongólica una sabiduría que no viene de la escuela, ni del liceo, ni de la universidad, pero que es capaz de confundir a los intelectuales de este mundo. El Dios que se revela a los humildes se nos revela aquí a través de una humilde, de una discapacitada, de quien algunos se compadecen, muchos se ríen y otros desprecian pero que no pierde nunca su lógica interna, su buen sentido, su equilibrio, su paz.

Cristianas viejas y limpias es un libro que duele un poco y que hace bien. Aun más: hacía falta.

+ Bernardino Piñera C.,
Arzobispo Emérito de La Serena